

# EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 215

Sevilla—Jueves 18 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

## Los sargentos del 19 de Septiembre del 86

Tropas de infantería y caballería en correcta formación, capitaneadas por los sargentos y algunos oficiales, habían roto la disciplina en las primeras horas de la noche, abandonado sus respectivos cuarteles, después de abrir comunicación entre ambos al grito de: «¡Viva la República!» y recorriendo la parte más céntrica de Madrid, llegaron al extremo opuesto del en que se encontraba su alojamiento sin ser molestados por nadie, sin darse cuenta la población de lo que sucedía y sin haberse apercibido las autoridades.

Ya dentro de los cuarteles, hubo lucha, que supieron dominar con su energía los heroicos sargentos, y que con su admirable sangre fría y hermosa audacia venció el sargento Pérez, alma de aquella conspiración y verdadero autor del movimiento. Así murió asesinado por un cabo en unas viñas próximas al Tajo.

Todo fué bien hasta llegar a la estación del Mediodía, poco después de las diez de la noche, donde apercibidos que no eran secundados por las fuerzas de los Docks, comenzó el desaliento, y la fuerza, casi al mando de los sargentos y seguida por algunos paisanos de corazón, después de las escaramuzas y de la muerte de los jefes del ejército que iban a sus puestos, iniciaron la retirada en malísimas condiciones, y hubo dispersos y extraviados que al amanecer del día 20 eran cazados por la guardia civil.

Todavía pudieron luchar en las viñas, y allí el heroico teniente de infantería González, con los pocos que le quedaban, trató de defenderse, pero todo fué en vano: envueltos por los escuadrones de Moreno del Villar, alcanzados unos y presentados otros, acabó aquella jornada con la prisión de la mayoría de ellos, entre los cuales le cupo la desgracia al infortunado general Villacampa, que se había puesto al frente de los sublevados en la estación de Atocha, y que no los abandonó hasta el último momento.

Podrá la leyenda atribuir a otros el mérito de la sublevación; pero la historia hará justicia a los heroicos sargentos y reconocerá que a éstos principalmente pertenecen los honores de aquella jornada.

Desde aquel suceso no se volvió a turbar la paz de los gobiernos, y aquella sedición militar, con tan buenos auspicios comenzada y terminada de aquella manera trágica, acaso ha sido el último esfuerzo militar para reintegrar a España en su soberanía.

No conocemos los nombres de todos los sargentos: perdóennos los omitidos. Pérez, Santamaría, Gallego, Vicente (P.), García Torres, Mata, Morejón, Pujás y Redondo, de caballería.

Gaspar del Cerro, de artillería.  
Velázquez, Cortés y Bernal, de infantería; este último murió en Cuba de fiebres, después de haber peleado bravamente, mereciendo el ascenso a primer teniente y teniendo pendientes dos propuestas de cruces de María Cristina y el ascenso a capitán.

Gloria a los heroicos soldados que sintieron el amor a la República y se lanzaron a defenderla, sin esperanza de premio, ofreciéndole su porvenir y su vida.

Todos los comprometidos, sentenciados a pena capital, fueron indultados; Bernal y Gallego estaban entre éstos, creo que Mata también y algún otro.

Ordenes severísimas tenían los centinelas que en las prisiones militares daban la guardia. Disparar contra el que se asomara a la ventana, pero ni por ahí había de venir la huida; ni esperaban los reclusos su salvación por ese lado. Otros estaban dispuestos a perder la vida, por otorgar la libertad a sus compañeros.

Idelfonso López, Valentín Rubio y Eugenio Sánchez, sargentos llaveros, tomaron sobre sí la tremenda responsabilidad de facilitar la huida de los presos, abriéndoles los calabozos y huyendo con ellos, acto generoso que realizaron auxiliados por algún paisano lleno de abnegación, entre los que figuraban el Rayo y un esforzado adalid que en vida se llamó Parrilla, que desde antes del 66 ha salvado la vida a muchos liberales y republicanos, facilitándoles la huida a Francia o a Portugal, y que ha muerto desconocido e ignorado.

No sabemos qué destino habrán tenido las llaves que en magnífico estuche de raso rojo, colocadas como trofeo de redención y de libertad de algunos hombres, nos enseñó el Sr. Ruiz Zorrilla en su casa de la Avenida Mac-Mahon en Octubre de 1887.

Todo ha cambiado radicalmente desde aquella fecha. Ya no se conspira, ya no se trabaja con riesgos ciertos por el ideal, ya no se sacrifica nada; por eso las figuras de esos héroes que todo lo comprometieron y que algunos arrastran la miseria y otros viven llenos de privaciones, sin encontrar el calor del amigo y del correligionario, crecen y crecen formando contraste con lo que van declinando los caracteres y con la completa extinción de la fe, a qué ha sustituido un egoísmo brutal y una cobardía sin límites que nos lleva a deponerlo todo en manos de gobiernos torpes y sin conciencia que nos envilecen y nos degradan.

Sargentos esforzados, heroicos defensores de la más santa de las causas: recibid nuestro saludo en este aniversario de aquel día que amargó lleno de esperanzas y declinó en el más amargo de esta época, porque con vuestro vencimiento, parece enterrada la redención; que no perdáis la esperanza porque subsiste la idea y se hará camino por encima de todo, y venceremos a pesar de todo.

A. A.

## Nota del día

Es achaque antiguo echar el fardo de culpas sociales sobre esa parte de nuestra nación que vive en los tugurios de las ciudades populosas, que se agita entre todas las podredumbres y que de ellas mismas hace un espectáculo para vivir de él.

Es decir: los vicios, el rebajamiento moral, la ignorancia y la desvergüenza, son materia de explotación... y a esto, que se ha dado en llamar flamenquismo, se le achaca la mayor culpa dentro del desconcierto nacional.

Esto no lo dice un periodista, quien pudiera hacerlo obedeciendo a una genialidad o a una venganza: lo dice el ministro de Gracia y Justicia.

¡Gran ministro, gran disparate!  
El flamenquismo no es un vicio, sino una parte de las que constituyen el león español.

La península Ibérica está constituida, ó fabricada, como el queso de Fiandes, de treinta leches.

El flamenquismo verdad, y no el supuesto ó de contrabando, es una raza, la que los españoles netos—llamémosles castellanos—han tenido siempre relegada, oprimida, despreciada, escarnecida.

Procedía el flamenquismo de esa raza bohemia de egipcios, cuyos instintos indómitos siempre la tuvo en constante peregrinación por esta tierra católica los que aquí llegaron, y por otras tierras ídem los que fueron allá.

En ninguna como en la nuestra encontraron abrigo. La santidad, el poco respeto a la ley y el indiferentismo que tanto nos distinguen entre todos los pueblos de la tierra, le dieron abrigo y campo ancho para germinar.

Y aquí germinaron.  
Al gitano, verdadero flamenco, le estaba vedada la escuela, no se le admitía en el taller, era enojosa su compañía, y se vieron obligados a establecer suburbios para habitar en ellos, hallándose exentos de todas las obligaciones... por que hasta los policías tenían a menos hacerlos obedecer.

Sus instintos eran perversos, pero como se los acorralaba con el desprecio y el vituperio mayor, engendraron los mayores enconos y juraron vencer a sus opresores, si no con la fuerza de las armas, con la fuerza de su astucia, y se ingirieron en el corazón social por medio de sus habilidades y de su hipocresía, ingertándose en el tronco español.

De ese ingerto salió el flamenquismo provocador, al que le limó las uñas la guardia civil.

Aquella raza flamenca se diluyó con la sangre nacional, y de ella no nos quedó otra cosa que su gracia y su ingenio, a ninguno otro comparables.

Hoy, pues, no hay flamenquismo.

Se denomina así la vagancia populachera, la escoria de los barrios, el señorito metido a chulo, porque es engendro singular y saca la afición de alguno de sus progenitores.

Los crímenes que se le achacan al flamenquismo no son de él, porque el vicio y la estupidez no viven solamente en la portería ó en el sotabanco, sino que sube todas las escaleras, y entra por todos los salones.

Todos los crímenes de abajo tienen arriba su generación.

Si hoy se le llama flamenquismo a los malos instintos, a las bajas pasiones, a la relajación en las costumbres, a la burla de la ley, ¿por qué ha de bajar la vista el señor Ministro de Gracia y Justicia para encontrarlo, sino es allí donde están?

El flamenquismo vive hoy dentro del mismo ministerio, en el que no hay obra digna ni palabra buena, y en el que se cotizan las influencias para otorgar la gracia y para ejercer la justicia.

El flamenquismo, tal como hoy existe, es la benevolencia criminal, la burla de la ley, la comisión de todos los actos reprobables bajo la salvaguardia del padrino protector, del cacique feudal, del funcionario prevaricador.

El flamenquismo irritante y vituperable no es el del Café Cantante, donde los representantes de la Justicia y del orden ejercen de ángeles guardianes, con su espada ó sable vengadores al cinto... Los cuatro desocupados, los cinco perdidos y los diez borrachos de una ciudad no constituyen clase tan numerosa que pueda hacer costumbres y dar ejemplos.

El flamenquismo—vulgo gente perdida—no puede estar, no lo está sin duda alguna, vinculado en los analfabetos, porque sus crímenes, en la mayoría de los casos, son crímenes pasionales, que tienen la disculpa de la ceguera... y si lo está en esas corporaciones manirrotas que esterilizan todo el sudor del trabajo, arrojando el dinero que debieran emplear en la primera enseñanza convertido en bengalas y trapos que invocan el bárbaro fanatismo de hacer creer que hay seres venidos al mundo con la misión especial de vivir a costa de todos por providencia divina.

El flamenquismo está en el privilegio, en estar eximido de toda culpa, en vulnerar los derechos de los más con beneplácito de los menos.

¡Qué ha de ser origen de males una clase social que se entrega al vicio por no hallar otra ocupación, y que huye despavorida ante el primer romquido que da el gentazaró que por aquí nos suele representar a la Justicia por ocho ó diez reales de vellón...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

## Murmuraciones

La política está en la misma actitud que el jefe del Gobierno: mitad entontecida, mitad parálitica.

Ninguno de los señores ministros da de sí nada nuevo ni viejo; su quietud es desesperante. Parece como que todos están esperando que los echen, y ninguno se ocupa en otra cosa que en darse el santo y seña.

Únicamente el Conde de Romanones, haciendo de Penélope, publica decretos para tener el gusto de desvirtuarlos al día siguiente.

Weyler, algo pensativo y ensimismado desde que oyó hablar de probables alianzas con naciones potentes, busca y rebusca en los archivos de guerra algo que le dé norma acerca de los materiales y elementos de que podemos disponer en día no lejano en el que se nos exija que hagamos de cabeza de turco en tierras africanas.

Todo se va preparando para que el próximo invierno sea frío, frío de verdad.

Porque la situación inequívoca en que nos encontramos se parece a la de aquel que no tiene más que un cobertor para abrigarse y viene el viento y lo descubre.

El curita de Villanueva de Cameros (Logroño), quien, sin estar loco como el civil de Málaga, asesinó a una hermosa joven de veintidós años porque no se prestaba a satisfacer sus torpes apetitos, ha reconstituido los hechos, con tranquilidad pasmosa, en el mismo sitio del crimen.

La que auxilió a la Justicia en sus investigaciones fué el ama del cura, quien, como celosa

leona, vengóse de su amante por aquella infidelidad.

No se sabe si el obispo-jefe del tal curita asesino habrá ordenado a la justicia civil que se abstenga de incoar proceso contra el criminal, dado el caso de que los señores curas tienen sus autoridades independientes, y se niegan a reconocer la potestad civil, porque ellos dependen del Vaticano, y solo éste es el que sobre ellos tiene poder.

Recientemente se ha publicado una circular-decreto del obispo de Madrid, circular que ha sido reproducida por todos los periódicos de España, en la que se le ordena a los curas que, para asistir a prestar una declaración ante el juez civil, necesitan el beneplácito y la orden de su superior.

Y como el juez de Villanueva de Cameros ha obrado repentinamente y sin permiso del superior jerárquico de ese señor asesino y ministro del Señor, es posible que tenga que desistir...

¡Todo sea que el Nuncio lo ordene, el Papa lo mande y el Gobierno acceda!

¡Que acceda ya para evitar disgustos con la Corte pontificia, a la que le debemos nuestro relativo bienestar!

\*\*\*

Otro crimen entre novios, muriendo en éste los dos. Primero ella... Enseguida el otro muere se dió. Si seguimos en España con esta nueva invención, la despoblación es cierta, y allá nos iremos todos. (El allá es el cementerio de la culta población.)

\*\*\*

En Cádiz creo yo que debe de pasar lo que en Sevilla respecto a los nombres de las calles, porque un querido escritor de *El Heraldo* se ocupa en ello desenterrando el siguiente párrafo de Mañé y Flaquer:

«Las antiguas calles las bautizaban las circunstancias locales históricas, corrientes de opinión popular y no caprichos de concejales: cambiar aquellos nombres, confirmados por muchas generaciones, produce el mismo efecto que ver arrancar páginas de un libro de historia para sustituirlas a capricho por otras, pues las calles de un pueblo son su historia escrita en páginas de piedra. Desde aquí hablamos imaginado la historia de nuestro pueblo fundando nuestros cáculos en los nombres y situación de las calles; y aquella historia ha sido confirmada en sus puntos principales por documentos antiguos que después vivieron a parar a nuestras manos. ¿Por qué privar a los historiadores futuros de estos comprobantes? A las calles nuevas déseles las nombres que se quiera; a las viejas, respéteseles el que tengan. Por otra parte, nosotros tenemos por irrespetuoso que a los personajes contemporáneos se les condene a dar nombre a calles viejas; no parece sino que, no teniendo trajes nuevos con que vestirlos, para salir del paso se acude a la ropavejería. Valdría más hacerles esperar turno. ¡Un poco más de seriedad, que bastante la vamos perdiendo en todo!»

Esto del nombre de las calles es otra de las manías persecutorias de todos nuestros grandes hombres, sin tener en cuenta que hay hombre grande que no sirve para hacer nada bueno y, sin embargo, sirve para rotular una vía pública.

—¡Así quedaré en la memoria de las gentes!—dicen ellos.

E ignoran cuando lo dicen que las gentes, cuando dicen:—Voy a la calle Tal—lo dicen del mismo modo que si dijeran:—¡Voy al excusado!

¡Vanidad de vanidades!  
Después de todo, yo no estoy conforme con lo que dice Mañé y Flaquer.

Porque entése—Voy a la calle Piernas, ó la calle del Nabo (ambos rótulos los había en Sevilla) a decir:—Voy a la calle Marqués de Paradadas—preferiré esto último.

Ni el Nabo ni las Piernas pueden tener tradición gloriosa, y las generaciones pensadoras se echarán a reír con detrimento de la formalidad de las pasadas generaciones.

En cambio, cuando pase el tiempo, y el señor Marqués de Paradadas y los que le conocimos estemos purgando nuestras culpas en los profundos infiernos, las venideras generaciones dirán:—¡Marqués de Paradadas! ¡Cuánto no haría éste marqués por Sevilla cuando le pusieron su nombre a una de las calles que están frente a la estación del ferrocarril!

Y revolverán, los Chaves de entonces, los papelotes de los archivos, y se encontrarán con que fué Alcalde presidente de Sevilla...

¿Para qué más?  
¡Oh ilustre prócer!

Yo tenía entendido que la manía de dar nombre a las calles era sevillana pura; pero veo que en todas partes cuecen habas y que el nomenclator callejero sufre más variaciones que el tiempo.

No nos opongamos á ello.  
 En esto sucede lo que ocurrió á aquel viandante que, al pasar por delante de una cruz sin descubrirse, oyóle decir á un viejo:  
 —Muchacho, descúbrete, que en esa cruz murió un Dios.  
 A lo que contestó el joven sin iomutarse:  
 —¡Y también murió un ladrón!—y prosiguió su camino con la mayor indiferencia.

Al Sr. Borbolla le han dado con la badila en los nudillos, echándole abajo el Ayuntamiento del vecino pueblo de Alcalá del Río.

Y es tal y tan grande la disciplina del señor Borbolla para con sus aliados los liberales fusionistas, que... casi encuentra justificada la acción del señor del Moral, gobernador dimisionario.

¡Por dentro irá la procesión!

Y apropósito del Sr. Borbolla.  
 Dice hoy *El Liberal*:

«Es el caso que en carta recibida por el señor Borbolla del ministro de Obras públicas señor Suárez Inclán, contestando éste á una de aquél, en la que se interesaba porque se activase el expediente, dice el ministro que de aquí ofrecieron gratuitamente los terrenos que habían de expropiarse, pero al acordarse la expropiación y al llevarse ésta á efecto, exigieron su importe, y como no se contó con que surgiera este incidente, no se había incluido en los presupuestos cantidad alguna para este servicio.»

¡Qué sangrienta burla ha sido para Sevilla aquella comedia ridícula de la inauguración de las obras de defensa contra las arriadas del Guadalquivir, y por la que, los periódicos que hoy mismo reconocen la verdad de lo sucedido, dieron y tocaron el bombo á más y mejor en honor del Marqués de Paradás, y del ministro señor Villanueva, y hasta de los escribientes que actuaron en la función!

Ya lo decían claramente algunos de los ingenieros que se vieron obligados á asistir oficialmente:

—¡Jamás hemos visto una burla tan grande como ésta! Da vergüenza de ver á las personas formales asistiendo á esta farsuchada, cuando ellos son los primeros que no ignoran que todo es una falsedad.

Se salieron con ella.

CARRASQUILLA.

## Todos son unos

En la política española han desaparecido las gradaciones de escala y las líneas divisorias; partidos y hombres públicos todos son unos y, lo que es peor, ninguno bueno.

El partido liberal hizo de la cuestión clerical punto de apoyo para escalar el Poder y la revisión de colores energéticos para diferenciarla de los suaves matices distintivos de los conservadores.

Tendencias y aspiraciones que en el partido liberal creyeron hallar un eco y una dirección de los ideales de la opinión pública, le prestaron generoso apoyo y ayuda; y cuando el Gobierno pidió treguas para obrar, treguas se le otorgaron, tan amplias y pródigamente, que casi la dilatación del período de actividad fué condenar los asuntos á un resultado negativo.

Pasaron períodos de tiempo suficientes para la resolución de los problemas; abundaron las ocasiones propicias; se malgastaron inútilmente riquísimas energías; se firmaron pactos; se definió en concreto el criterio del Gabinete; surgió una crisis; salió Canalejas; se amenazó á Roma, y ahora sale Moret, eterno amalgamador de sustancias que se repelen, dando al traste con todas las esperanzas del país, frustrando las aspiraciones de todos y olvidando solemnes promesas.

El partido liberal no se ha parado en distinguir los caracteres diversos que clasifican á las dos corrientes de opinión que hoy dividen á España, la ultramontana y civilista.

Los ultramontanos no quieren ni permiten que el Estado profane con su huella el coto cerrado del ideal religioso, no solo en el dominio de la conciencia, sino en su exteriorización política y social.

La tendencia civilista trata de recabar la tutela legítima que debe ejercer sobre todos los factores que integran el cuerpo social, no tanto en el terreno ético y místico como en el de ciudadano y súbdito.

Estas dos corrientes sociales, mejor diré, estas dos doctrinas, no borrarán jamás sus límites y linderos, y si lo hacen será con el exterminio de ambas. El partido liberal, que anda en busca de la fórmula de esta híbrida unión, las matará sin conseguir juntarlas.

Si los liberales han de ser lógicos y consecuentes con sus principios, acójense al sagrado de la ley común y sométan á su yugo á toda la grey ultramontana con todas sus tendencias y locas demasías.

Este fué el criterio sostenido en las pasadas

Cortes; en él se inspiró el Sr. González y en él se cimentaron los tres discursos de Sagasta y el parecer de la mayoría.

Hoy los liberales han arrojado con desdén todo su bagaje democrático y no falta sino que las futuras Cámaras sancionen esta apostasía reprobable.

Si esto es un hecho, se habrá borrado definitivamente la tenue línea que separaba á conservadores y liberales y todos serán unos.

Los políticos de buena fe creyeron siempre que entre Sagasta y Silvela mediaba un abismo infranqueable. Este último adulteró mucho la herencia de Cánovas; pero aun así, quedaban á flote, como jalones indicadores de campos diversos, discrepancias de opiniones, de criterio, medios de gobierno y fines perseguidos.

Silvela se ha quedado en su puesto; pero Sagasta se ha encargado de irle acercando las huéstedes de su partido; tanto, que en la actualidad entre conservadores y liberales no hay más que una distinción de nombres.

El Gobierno, por boca de Moret, en el problema clerical acepta la solución más genuinamente conservadora; en las reformas sociales se codea con el Sr. Dato; en los asuntos de orden público la suspensión de garantías se considera la panacea universal y la Constitución del Estado necesita el apoyo de una ley de seguridad; en las revueltas regionalistas sigue la táctica silvelista hablando mucho de descentralización; en lo financiero se continúa la estela conservadora; en la política internacional la amistad con Francia, idea lanzada por Silvela.

En suma: un criterio puramente conservador sostenido en nombre del partido liberal. Si mañana la *Gaceta* fuese redactada por Silvela, nadie se percataría del cambio.

Todos son unos: ninguno secunda las aspiraciones del país; los partidos turnantes han quedado reducidos á uno solo, donde es preciso encender la linterna de Diógenes para hallar un liberal genuino y convencido.

¿Puede continuar esto así? No; pero para impedir que continúe hay que arrollar juntamente á liberales y conservadores. Resta sólo la débil esperanza de que la mayoría parlamentaria no acepte la fusión realizada por Sagasta.

Si esto no acaeciese, el ultramontano habrá triunfado por virtud de los liberales.

Siendo todos unos, hubiéramos preferido á los conservadores. Al menos éstos no han hecho traición á su historia, á sus principios y á sus compromisos.

ERASMO.

## De actualidad

Pamplona.—En la carretera de Vitoria ha habido colisión entre cuadrillas de gitanos, cruzándose disparos, puñaladas y palos, resultando 2 muertos y 2 heridos.

Los agresores huyeron, abandonando á las mujeres y niños y las armas.

La benemérita les persigue.

El Congreso obrero de Lyon acordó rechazar la huelga general.

Toda la prensa inglesa combate el último discurso del ministro de Marina de Francia, considerándolo un reto Inglaterra al ocuparse de Malta y Gibraltar, diciendo que esto servirá de base á Inglaterra para contrarrestar la influencia de Francia en el Mediterráneo.

El Ayuntamiento de Valencia obsequió con un banquete al duque de los Abruzzos y á los oficiales de *Liguria*.

El pueblo aclamóles.

El Alcalde brindó por la salud del duque, y éste por la raza latina.

Visitó la Fábrica de Tabacos y el asilo para actancia de cigarreras que fundó su madre. Fué aclamadísimo.

Regresó á bordo y á las cinco de la tarde zarpó el buque para Cartagena.

Las autoridades saludaronlo á bordo del *Liguria*, siendo obsequiadas.

En Palma amenazan con huelga los panaderos.

Rindióse Panamá á las fuerzas revolucionarias, que la ocuparon y destruyeron la vía, impidiendo la llegada de las fuerzas leales.

Han conferenciado Rodríguez y Farinás. Este entregó las cuentas del último empréstito.

Rodríguez aprobólas, disponiendo que 200 millones del mismo se apliquen á los pagarés de Ultramar, quedando reducido á 700 millones.

El sábado habrá Consejo extraordinario en el Banco para tratar de los cambios.

Doriga ha anunciado su próximo regreso.

Enseguida se convendrán las medidas para la constitución de la Agencia en París y la baja de los cambios.

En el próximo Consejo se acordará la fecha de apertura de las Cortes.

Enseguida se enviará el decreto á San Sebastián.

El Gobierno se limitará en la cuestión religiosa á marcar á las Cortes su criterio y orientación, según la marcha de las negociaciones con Roma.

Han conferenciado extensamente el Nuncio y Montilla.

Don Cesáreo Sanz dirige carta á *La Correspondencia* exculpándose de las acusaciones de Adelantado.

Otros carlistas quitan importancia á la disidencia.

San Sebastián.—Un personaje ha dicho que la Corte saldrá el 30.

El rey de Portugal irá á París á primeros de Octubre y después á Londres.

En Constantinopla ha aparecido la peste bubónica.

En Vilasar del Mar (Barcelona) ha habido choque de trenes, resultando el maquinista herido y varios viajeros contusos.

Los coches destrozados.

## La chica del coro

CUENTO

Como bonita lo era. ¡Vaya si lo era! ¡Una monada!

Entró en el coro á los dieciséis años, y el empresario vió desde el primer momento que de aquella chica se podía sacar partido.

El maestro de coros, en el segundo ensayo, la ordenó que se sentase á su derecha, muy junta á él para oírle mejor, y la trató con más consideración que á las otras.

El director de orquesta, cuando se apercebíó de que había gente nueva, gritó más que de costumbre en el ensayo general; y mandó que á aquella chica la colocasen la primera de las primeras.

El director artístico también desplegó un celo excesivo, é impuso unas cuantas multas á las que llegaron un segundo más tarde de la hora señalada para ensayo.

Los autores de la casa empezaron á planear una *cosilla*, en la que tuviese un papel de lucimiento la corista nueva.

El apuntador le ofreció que el día que debutase de partiquina, aunque no supiese el papel, podía salir con confianza; el segundo apunte tomó la costumbre de llamar al coro quince minutos antes, con objeto de que no hubiese falta, según él, y de estarse de palique con la nueva, según ellas; el portero del escenario, huraño y mal humorado de suyo, se mostraba amabilísimo con la mamá de la chica, hasta el extremo de empalmar para un café que todas las noches se tomaba en el entreacto del segundo al tercero; el sastre le ofreció lo mejorcito, y el guardarropa le dijo que, para cuando hicieran *Los sos brinos del capitán Grant*, podía contar con la carabina más chica y bonita del repertorio.

—Le advierto, niña—añadió—que es una carabina con sombra; todas las coristas que la han utilizado son hoy primeras triples.

Pilar Rodríguez no podía quejarse del recibimiento que le hicieron en sus primeros pasos artísticos.

La madre, satisfecha también, soñaba todas las noches con un cartel muy grande, en el que con letras encarnadas se anunciara el debut de la niña como triple absoluta, y la portera de la casa en la que ocupaban el cuarto cuarto, se atrevió á pedirla aunque no fuese más que tres anfiteatros para verla.

La fortuna loca, como la llaman, se mostraba pródiga con la pobre niña.

La obra ofrecida se leyó y se repartió; empezaron los ensayos, y director y autores, empresarios y músicos, prodigaron alabanzas al nuevo trabajo de Pilar Rodríguez.

Inmediatamente se dió conocimiento al sastre para que la hiciese el traje de sifide que había de sacar y el empresario se permitió darle un golpecito en la cara en señal de enhorabuena; todos la rodearon felicitándola.

II

Dieciséis años, acompañados de unos ojos negros, de unas líneas correctísimas, de un pelo más negro que los ojos, que caía sobre los hombros formando cascadas de sombras, de unos dientes menuditos y blancos y unos labios más

rojos que cerezas, no están jamás faltos de amor.

Pilar Rodríguez hablaba con un jovencuelo, un pintor, bohemio incorregible, que se consolaba de su pereza haciendo votos de empezar el trabajo una mañana que nunca llegaba.

Por este motivo, el casamiento proyectado se hacía imposible y las imperiosas necesidades de la vida obligaron á Pilar á buscar diez reales en el coro de un teatro por horas.

No hay para qué hacer constar los celos que se apoderaron del novio, cuando supo que ella pertenecía al teatro.

Allí donde se estrellan todas las virtudes y el vicio campa alegremente; allí donde los ascensos son generalmente ganados á fuerza de favores, ¿cómo podría la corista borrar la murmuración que empezaba á manchar su historia honrada? ¿Tendría fuerzas para resistir los halagos y las ofertas?

Llegó la noche del estreno de la obra en que debutaba de segunda parte Pilar. El teatro estaba lleno; cuando salió á escena una salva de aplausos suspendió por algunos momentos la representación.

Más que á la obra la ovación era á la mujer, á la estética.

La desnudez de la artista deslumbraba; la belleza se impuso.

La pobre niña, nerviosa, no acostumbrada á los aplausos, se equivocó dos veces, pero ni público ni actores se fijaron en ello. Las líneas atraían toda su atención.

Al caer el telón la llamó el empresario y la dijo:

—Piense usted en una obra para debutar como primera, y ya hablaremos.

Desde aquella noche se dió por seguro que Pilar Rodríguez sería la figura más grande del teatro chico.

III

Una noche llamó poderosamente la atención de la gente de casa que el director, que por la mañana había estado en casa de Pilar, se mostrase malhumorado con ella hasta el punto de indicarle el empresario la necesidad de sustituirla porque se equivocaba mucho.

Más tarde, también chocó que el director de orquesta, en un ensayo, la reprendiera duramente diciéndole «que no servía para nada».

El maestro de coros propaló que aquella chica había perdido la voz; el portero del escenario cerró el paso al novio de la nueva artista; el apuntador, siempre que podía, le largaba un *camelo*, y el sastre y el guardarropa nunca tenían nada de lo que necesitaba sacar á escena.

La caída era solo comparable en la rapidez á su encumbramiento.

Otra noche comentóse que los autores de la obra nueva le habían retirado el papel de sifide, apesar de que por la mañana habían almorzado con ella; y últimamente el empresario, el día de la nómina, la despidió diciéndola:

—Está visto: usted no quiere ser primera triple.

Pilar Rodríguez sigue viviendo en el cuarto cuarto de la casa número 7 de la calle X, donde espera á que cumpla el plazo que le ha fijado á su novio para el casamiento, con la amenaza de que, si así no lo hace, debuta enseguida como primera triple.

ANTONIO PASO.

## Círculo vicioso

El señor ministro de Agricultura se propone enviar obreros jóvenes y viejos á los países extranjeros, para que estudien los adelantos de las respectivas industrias y vuelvan á España en disposición de emplear las aptitudes y nociones que adquirieron, así como de transmitir las á sus compañeros.

No está mal lo resuelto por el ministro, si la cosa no resulta después una segunda edición del envío de obreros á la Exposición de París; pero mucho tememos que á la postre todo sea inútil.

El toque está en que los fabricantes se decidan á perfeccionar los productos y los medios de producir y en que los consumidores sean cada vez más exigentes. Lo demás son cataplasmas, ó poco menos.

Sobre que es muy discutible la supuesta inferioridad de los obreros. Hace un año celebróse en Madrid una Exposición de trabajos del obrero, entre tamen al que ciertos periódicos de la corte concedieron importancia exagerada, en cuanto demostración de que en Madrid hay una industria próspera y floreciente, pero del cual no estudiaron el aspecto más interesante.

El certamen demostró que en Madrid—y donde dice Madrid léase España—hay obreros con singular capacidad unos, y con grande inventiva otros.